

## ENSAYOS SOBRE EDUCACIÓN

Émile Durkheim

### **Pedagogía y sociología**

Señores:

Es grande honor para mí, del cual siento vivamente todo el peso, tener que sustituir en esta cátedra al hombre de elevada inteligencia y de firme voluntad, a quien debe Francia en tan gran parte la renovación de su primera enseñanza. En contacto íntimo con los maestros de nuestras escuelas desde que, hace quince años, profeso la pedagogía en la Universidad de Burdeos, he podido ver de cerca la obra a que quedará definitivamente ligado el nombre de monsieur Buisson, y conozco por tanto toda su grandeza. Sobre todo cuando nos remontamos en espíritu al estado en que se encontraba esta enseñanza cuando se emprendió la reforma, es imposible dejar de admirar la importancia de los resultados obtenidos y la rapidez de los progresos realizados. Las escuelas aumentadas, y materialmente transformadas, los métodos racionales substituyendo a las viejas rutinas de antaño, el gran alcance dado a la reflexión pedagógica, un estímulo general de todas las iniciativas, todo ello constituye con seguridad una de las mayores y más felices revoluciones que han ocurrido en la historia de nuestra educación nacional.

Fue pues una verdadera dicha para la ciencia el que M. Buisson, creyendo terminado su cometido, renunciase a sus absorbentes funciones para comunicar al público, por medio de la enseñanza, los resultados de su incomparable experiencia. Una práctica tan extensa de las cosas, esclarecida además por una amplia filosofía, a la vez prudente y curiosa de todas las novedades, debía necesariamente dar a su palabra una autoridad que venían a realzar más el prestigio moral de su persona y el recuerdo de los servicios prestados en todas las grandes causas a las que M. Buisson ha consagrado su vida.

No aporto yo nada que se parezca a semejante competencia, tan especial. Así, tendría motivo para sentirme extraordinariamente preocupado ante las dificultades de mi misión, si no me tranquilizara un poco el pensamiento de que problemas tan complejos pueden ser estudiados con ventaja por espíritus diversos y desde puntos de vista diferentes. Sociólogo; es, sobre todo, como sociólogo como yo os hablaré de educación. Además, lejos de que, al proceder así, nos expongamos a ver y a mostrar las cosas bajo un aspecto que las deforme, estoy convencido, por el contrario, de que no hay método tan propio para mostrar su verdadera naturaleza.

Considero, en efecto, como el postulado mismo de toda especulación pedagógica, que la educación es cosa eminentemente social, lo mismo por sus orígenes que por sus funciones, y, por tanto, que la pedagogía depende de la sociología más estrechamente que de cualquiera otra ciencia, y puesto que esta idea está llamada a dominar toda mi enseñanza, como dominaba ya la enseñanza análoga que yo daba, no hace mucho, en otra Universidad, me pareció convenientemente emplear esta primera conversación en definirla y precisarla, a fin de que podáis seguir mejor sus aplicaciones ulteriores. No es que se trate de hacer de ella una demostración expresa en el curso, de una sola y única lección.

Un principio tan general y cuyas repercusiones son tan extensas sólo pueden comprobarse progresivamente, según vaya llegando al detalle de los hechos y a la aplicación de los mismos. Pero lo que es posible desde ahora, es claro una impresión de conjunto; es indicarnos las principales razones que deben hacerlo aceptar, desde el comienzo de la investigación, a título de presunción provisional y bajo la reserva de las comprobaciones necesarias; es, en fin, señalar su alcance a la vez que sus limitaciones: tal será el objeto de esta primera lección.

## I

Es tanto más necesario llamar desde luego vuestra atención sobre este axioma fundamental, cuanto que no está todavía generalmente reconocido. Hasta estos últimos años -y aun pueden contarse excepciones-, los pedagogos modernos estaban casi unánimemente de acuerdo viendo en la educación una cosa eminentemente individual y haciendo, por consiguiente, de la pedagogía un simple corolario inmediato y directo de la psicología.

Para Kant como para Mill, para Herbart como para Spencer, la educación tendría antes que nada por objeto realizar en cada individuo, pero llevándolos al más alto grado de perfección posible, los atributos constitutivos de la especie humana en general. Se estableció como verdad evidente que hay una educación, y una sola que, con exclusión de cualquier otra, conviene indiferentemente a todos los hombres, sean cuales fueren las condiciones históricas y sociales de que dependan, y es este ideal abstracto y único lo que los teóricos de la educación se proponían determinar. Se admitía que hay una naturaleza humana, cuyas formas y propiedades pueden determinarse una vez por todos, y el problema pedagógico consistía en buscar de qué manera la acción educativa debe ejercitarse sobre la naturaleza humana así definida.

Indudablemente, nadie ha pensado jamás que el hombre sea de pronto, desde que entra en la vida, todo lo que puede y debe ser. Déjase ver de sobra que el ser humano no se constituye sino progresivamente, en el curso de una lenta evolución que empieza con el nacimiento para no terminar hasta que se llega a la madurez. Pero se suponía que esta evolución no hace otra cosa que actualizar virtualidades, desentrañar energías latentes que existían, anticipadamente formadas, en el organismo físico y mental del niño. Así pues, el educador no tendría nada esencial que añadir a la obra de la naturaleza. No crearía nada nuevo. Su papel se limitaría a impedir que esas virtualidades existentes se atrofiaran por inacción o se desviasen de su dirección normal, o se desarrollasen con demasiada lentitud. Por tanto, las condiciones de tiempo y de lugar, el estado en que se encuentra el medio social, pierden todo interés para la pedagogía. Ya que el hombre lleva en sí todos los gérmenes de su desarrollo, es a él, y a él sólo, a quien hay que observar cuando pretendamos determinar en qué sentido y de qué manera debe ser dirigido ese desarrollo. Lo que importa es saber cuáles son sus facultades nativas y cuál es la naturaleza de las mismas.

Ahora bien, la ciencia que tiene por objeto describir o explicar el hombre individual, es la psicología. Parece pues, que ella debe bastar a todas las necesidades, del pedagogo.

Desgraciadamente, este concepto de la educación está en contradicción formal con todo lo que nos enseña la historia: no hay un solo pueblo, en efecto, donde haya sido puesto en práctica nunca este

concepto. Desde luego, muy lejos de que haya una educación que tenga un valor universal para todo el género humano, no hay, puede decirse, ninguna sociedad en que no coexistan y funcionen paralelamente diferentes sistemas pedagógicos.

¿Está la sociedad formada de castas? Varía la educación de una casta a otra; la de los patricios no era la de los plebeyos, la del bramán no era la del sudra. Del mismo modo, en la Edad Media, ¿qué distancia entre la cultura que recibía el joven paje, instruido en todas las artes de la caballería, y la del villano, que iba a aprender a la escuela de su parroquia algunos escuetos elementos de cálculo, de canto, de gramática!

¿No vemos todavía en la actualidad variar la educación con las clases sociales, hasta con los medios sociales? La de la ciudad no es la del campo, la del burgués no es la del obrero. ¿Se dirá que esta organización no se justifica moralmente, que no se puede ver en ella más que una supervivencia destinada a desaparecer? La tesis es fácil de defender. Es evidente que la educación de nuestros hijos no debería depender del acaso que les hace nacer aquí en lugar de allá, de tales padres y no de tales otros. Pero aunque la conciencia moral de nuestro tiempo hubiese recibido en este punto la satisfacción que espera, la educación no se haría por ello más uniforme.

Aun cuando la carrera de cada niño no estuviese predeterminada, al menos en gran parte, por una ciega hereditariedad, la diversidad moral de las profesiones no dejaría de traer aparejada una gran diversidad pedagógica. Cada profesión, en efecto, constituye un medio *sui generis* que reclama aptitudes particulares y conocimientos especiales, en la cual predominan ciertas ideas, ciertas costumbres, ciertas maneras de ver las cosas; y como al niño se le debe preparar en vista de la función que esta llamado a desempeñar, la educación, a partir de cierta edad, no puede ser la misma para todos los sujetos a que se aplica. Por esto la vemos, en todos los países civilizados, tender cada vez más a diversificarse y a especializarse: y esta especialización se hace cada día más precoz.

La heterogeneidad que se produce así, no se funda, como aquella otra de que hacíamos antes mención, en desigualdades injustas; pero no es menor. Para encontrar una educación absolutamente homogénea e igualitaria, tendríamos que remontarnos hasta las sociedades prehistóricas, en el seno de las cuales no existe ninguna diferenciación, y aun así, esas sociedades no representan más que un momento lógico en la historia de la humanidad.

Ahora bien, es evidente que estas educaciones especiales no se hallan en absoluto organizadas con vista a fines individuales. Indudablemente, ocurre algunas veces que tienen por efecto desarrollar en el individuo aptitudes particulares que estaban inmanentes en él, y que sólo pedían el entrar en acción: en este sentido, puede decirse que le ayudan a realizar su naturaleza. Pero ya sabemos hasta qué punto son excepcionales esas vocaciones precisamente definidas. Por lo común, no estamos predestinados por nuestro temperamento intelectual o moral a una función perfectamente determinada. El hombre corriente es eminentemente plástico; puede ser igualmente utilizado en empleos muy variados. Así, si se especializa, y si se especializa bajo una cierta forma, de preferencia a otra, no es por razones interiores suyas; no va llevado a ello por necesidades de su naturaleza, sino es la sociedad la que, para poder sostenerse, necesita que el trabajo se divida entre sus miembros, y se divida entre ellos de tal manera más bien que de tal otra. Por esto ella prepara por sus propias

manos, mediante la educación, los trabajadores especiales que necesita. Es, pues, para ella, y también por ella, como la educación llegó a diversificarse.

Hay más todavía. Lejos de que esta cultura especial nos acerque necesariamente a la perfección humana, no deja de sobrentender una decadencia parcial, y esto, aun cuando se encuentra en armonía con las predisposiciones naturales del individuo. Porque nosotros no podemos desarrollar con la intensidad necesaria las facultades que corresponden especialmente a nuestra función, sin dejar que las otras se entorpezcan por la inacción, sin abdicar, por consiguiente, de una parte de nuestra naturaleza. Por ejemplo: el hombre, como individuo, no está menos hecho para hacer que para pensar. Más aún, puesto que es, sobre todo, un ser vivo y que la vida es acción, las facultades activas le son quizá más esenciales que las otras. Y, sin embargo, a partir del momento en que la vida intelectual de las sociedades alcanzó un cierto grado de desarrollo, hay y debe de haber, necesariamente, hombres que se consagren a ello exclusivamente, que no hagan más que pensar.

Ahora bien, el pensamiento sólo puede desarrollarse desprendiéndose del movimiento, concentrándose en sí mismo, apartando de la acción al sujeto que se le entrega. Así se forman esas naturalezas incompletas, en las cuales todas las energías de la actividad se han convertido, como si dijéramos, en reflexión, y que, sin embargo, por muy truncadas que se encuentren por ciertos lados, constituyen los agentes indispensables del progreso científico.

El análisis abstracto de la constitución humana, jamás hubiese permitido prever que el hombre fuese susceptible de alterar de este modo lo que pasa por ser su esencia, ni que fuera necesaria una educación que preparase estas útiles alteraciones.

Sin embargo, sea cual fuere la importancia de estas educaciones especiales, no puede dudarse de que no son toda la educación. Hasta puede decirse que no se bastan a sí mismas; donde quiera que se encuentren, no se diferencian las unas de las otras más que a partir de cierto punto, antes del cual se confunden.

Todas se apoyan en una base común. No hay ningún pueblo, en efecto, en el cual no exista un cierto número de ideas, de sentimientos y de prácticas que la educación debe inculcar a todos los niños indistintamente, sea cualquiera la categoría social a que pertenezcan. Es esta misma educación común la que pasa generalmente por ser *la verdadera educación*. Sólo ella parece merecer plenamente el ser llamada con este nombre. Se le concede una especie de preeminencia sobre todas las otras. Es, pues, de ella, sobre todo, de la que importa saber si, como se pretende, está incluida por completo en la noción del hombre y si se la puede deducir de esta noción.

En realidad, la cuestión no llega a ponerse para todo lo referente a los sistemas de educación que la historia nos da a conocer. Se hallan éstos tan evidentemente ligados a sistemas sociales determinados, que, por lo mismo, son inseparables de ellos.

Si, a pesar de las diferencias que separaban al patriciado de la plebe, había, sin embargo, en Roma una educación común a todos los romanos, esta educación tenía como característica ser esencialmente romana. Comprendía toda la organización de la ciudad, a la vez que era su base. Y lo

que decimos de Roma, podría repetirse de todas las sociedades históricas. Cada tipo de pueblo tiene su educación que le es propia y que puede servir para definirle con el mismo derecho que su organización moral, política y religiosa. Es uno de los elementos de su fisonomía. He ahí por qué la educación ha variado tan prodigiosamente según los tiempos y los países; por que aquí, acostumbra al individuo a abdicar por completo de su personalidad en manos del Estado, mientras que, en otras partes, por el contrario, trata de hacer de él un ser autónomo, legislador de su propia conducta; por qué era ascética en la Edad Media, liberal con el Renacimiento, literaria en el siglo XVII, científica en nuestros días. No es que, por una serie de aberraciones, los hombres se hayan equivocado sobre su naturaleza de hombres y sobre sus necesidades, sino que sus necesidades han variado y han variado porque las condiciones sociales de que dependen las necesidades humanas, no han permanecido las mismas.

Mas, por una inconsciente contradicción, lo que se concede fácilmente respecto al pasado, no se quiere admitir para el presente, y menos aún para el porvenir. Todos reconocen sin dificultad que en Roma y en Grecia, la educación tenía por único objeto hacer griegos y romanos, y, por consiguiente, que era solidaria de todo un conjunto de instituciones políticas, morales, económicas y religiosas. Pero nos complacemos en creer que nuestra educación moderna cae fuera de la ley común; que, hoy día, depende menos directamente de las contingencias sociales y que está llamada a libertarse completamente de ellas en el porvenir.

¿No repetimos sin cesar que queremos hacer de nuestros hijos antes hombres que ciudadanos, y no parece que nuestra cualidad de hombre se encuentra naturalmente fuera de la acción de los influjos colectivos ya que lógicamente es anterior a ellos?

Y, sin embargo, ¿no sería una especie de milagro que la educación, después de haber tenido durante siglos y en todas las sociedades conocidas todos los caracteres de una institución social, haya podido cambiar tan completamente de naturaleza?

Semejante transformación parecerá más sorprendente todavía si recordamos que el momento en que suponemos que se ha realizado, es precisamente aquel en que la educación empezó a transformarse en un verdadero servicio público; porque desde fines del siglo pasado es cuando se la ve, no sólo en Francia sino en toda Europa, tender a colocarse cada vez más directamente bajo la inspección y la dirección del Estado. Sin duda, los fines que persigue se separan, cada día más, de las condiciones locales o étnicas que las particularizaban antes; se hacen más generales y más abstractos. Pero no por ello quedan siendo menos esencialmente colectivos. ¿No es la colectividad, en efecto, la que nos los impone? ¿No es ella quien nos manda que desarrollemos ante todo en nuestros hijos las cualidades que les sean comunes con todos los hombres? Pero hay más aún. No sólo la colectividad ejerce en nosotros por medio de la opinión una presión moral para que entendamos así nuestros deberes de educador, sino que les atribuye tal valor, el cual como acabo de indicar, se encarga ella misma de la tarea. Es fácil calcular que, si se empeña hasta tal punto, es porque tiene en ello mucho interés. Y, en efecto, sólo una cultura ampliamente humana puede dar a las sociedades modernas los ciudadanos que la colectividad necesita. Porque cada uno de los grandes pueblos europeos ocupa una extensión inmensa, porque lo integran las razas más diversas, porque el trabajo está allí dividido hasta el infinito, los individuos que lo componen son de tal modo diferentes los unos de los otros, que casi no

hay nada de común entre ellos, excepto su cualidad de hombre en general. No pueden, pues, conservar la homogeneidad indispensable a todo *consensus* social sino a condición de ser lo más semejantes posible por el único lado por el cual se parecen todos, es decir, por su condición común de seres humanos.

En otros términos, en sociedades tan diferenciadas, no puede haber otro tipo colectivo que no sea el tipo genérico del hombre. Con que éste venga a perder algo de su generalidad, con que se deje penetrar por cualquier reversión al antiguo particularismo, se verá a esos grandes Estados resolverse en una multitud de pequeños grupos parcelarios y descomponerse.

Así nuestro ideal pedagógico se explica por nuestra estructura social, lo mismo que el de los griegos y de los romanos no podía comprenderse sino por la organización de la ciudad. Si nuestra educación moderna no es más estrechamente nacional, hay que ir a buscar la causa a la constitución de las naciones modernas.

No es esto todo. No sólo es la sociedad la que ha elevado el tipo humano a la dignidad de modelo que el educador debe esforzarse en reproducir, sino que es ella también la que lo construye, y lo construye según sus necesidades. Porque es un error pensar que ese tipo está incluido por entero en la constitución natural del hombre, que basta con descubrir en él por una observación metódica, y luego hermoseedo con la imaginación, llevando, mediante el pensamiento, al más alto desarrollo, todos los gérmenes que en él se encuentran. El hombre que la educación debe realizar en nosotros, no es el hombre tal como la naturaleza lo ha hecho, sino tal como la sociedad quiere que él sea; y ésta le quiere tal como lo reclama su economía interior. Prueba esto la manera como ha variado nuestro concepto del hombre según las sociedades. Porque también los antiguos creían hacer de sus niños hombres, lo mismo que nosotros. Si se negaban a ver un semejante en el extranjero, era precisamente porque, a sus ojos, la educación de la ciudad era la única que podía hacer seres verdadera y propiamente humanos. Sólo que concebían la humanidad a su manera, que no es ya la nuestra.

Todo cambio de alguna importancia en la organización de una sociedad, tiene como repercusión un cambio igualmente importante en la idea que el hombre se forma de sí mismo. Que, bajo la presión del aumento de concurrencia, el trabajo social se divida más, que la especialización de cada trabajador se haga más definida y más precoz, el círculo de las cosas comprendidas en la educación común habrá de restringirse y, por lo tanto, el tipo humano será menos rico en caracteres.

Hace poco todavía, la cultura literaria estaba considerada como un elemento esencial de toda cultura humana; y ya acercándonos, vamos a un tiempo en que ella misma no será quizás más que una especialidad. De la misma manera, si existe alguna jerarquía reconocida entre nuestras facultades, si hay algunas a las que atribuyamos una especie de primacía y que debemos, por esta razón, desarrollar más que las otras, no es que esa dignidad le sea intrínseca; no es que la naturaleza misma les haya atribuido siempre ese rango eminente; sino que esas facultades tienen para la sociedad un valor más alto. Y, como la escala de estos valores cambia necesariamente con las sociedades, esta jerarquía no ha permanecido nunca la misma en dos momentos distintos de la historia. Ayer, era el valor el que ocupaba el primer plano, con todas las facultades que implica la virtud militar; hoy día, es el pensamiento y es la reflexión: mañana será quizás la finura del gusto, la sensibilidad para las

cosas del arte. Así, en la actualidad como en el pasado, nuestro ideal pedagógico es, hasta en los detalles, obra de la sociedad. Es ella la que nos traza el retrato del hombre que debemos ser, y en este retrato vienen a reflejarse todas las particularidades de su organización.

## II

En resumen, lejos de que la educación tenga por objeto único o principal al individuo y sus intereses, es, ante todo, el medio con que la sociedad renueva perpetuamente las condiciones de su propia existencia.

¿Puede vivir la sociedad sin que exista entre sus miembros una suficiente homogeneidad? La educación perpetúa y fortalece esta homogeneidad, fijando de antemano en el alma del niño las semejanzas esenciales que supone la vida colectiva. Pero, de otra parte, sería imposible toda cooperación sin una cierta diversidad. La educación asegura la persistencia de esta diversidad necesaria, diversificándose y especializándose ella misma. Consiste, pues, bajo uno u otro de sus aspectos, en una socialización metódica de la generación joven.

En cada uno de nosotros, puede decirse, existen dos seres, los cuales, aunque inseparables de otro modo que por abstracción, no dejan de ser distintos. El uno, está formado por todos los estados mentales, que sólo se refieren a nosotros mismos y a los acontecimientos de nuestra vida personal. Es lo que podría llamarse *el ser individual*. El otro es un sistema de ideas, de sentimientos, de hábitos que expresan en nosotros, no nuestra personalidad, sino el grupo o grupos distintos, de que formamos parte; tales son las creencias religiosas, las creencias y prácticas morales, las tradiciones nacionales o profesionales, las opiniones colectivas de todo género. Su conjunto forma *el ser social*. Constituir este ser en cada uno de nosotros, tal es el fin de la educación.

Mediante ella es, además, como se revela mejor la importancia de su papel y la fecundidad de su acción. En efecto, este ser social no sólo no aparece formado en la constitución primitiva del hombre, sino que no ha resultado de él por desarrollo espontáneo.

Espontáneamente, el hombre no se sentía dispuesto a someterse a una autoridad política, a respetar una disciplina moral, a consagrarse, a sacrificarse. No habría nada en nuestra naturaleza congénita que nos predispusiese para venir a ser servidores de divinidades, emblemas simbólicos de la sociedad, prestándoles culto, sujetándonos a privaciones para honrarlos. Ha sido la sociedad misma la que, según fue formándose y consolidándose, sacó de su propio seno esas grandes fuerzas morales ante las cuales el hombre sintió su inferioridad. Ahora bien, si abstraemos de las vagas e inseguras tendencias que pueden ser debidas a la herencia, el niño, al entrar en la vida, no trae consigo más que su naturaleza de individuo. La sociedad se encuentra pues, por decirlo así, en cada nueva generación, en presencia de una tabla casi rasa, sobre la cual tendrá que construir con nuevo esfuerzo. Importa que, por los medios más rápidos, añada ella, al ser egoísta y social que acaba de nacer, otro, capaz de llevar una vida social y moral. He aquí la obra de la educación, y ya podéis daros cuenta de toda su grandeza. No se limita a desarrollar el organismo individual en el sentido marcado por la naturaleza, a hacer visibles potencias ocultas que no pedían más que revelarse. Crea en el hombre un hombre nuevo, y este hombre está hecho de todo lo que hay de mejor en nosotros; de todo lo que da precio y

dignidad a la vida. Esta virtud creadora es, además, un privilegio especial de la educación humana. Es muy otra la que reciben los animales, si puede llamarse por este nombre al entrenamiento progresivo a que le someten sus padres. Puede estimular el desarrollo de ciertos instintos adormecidos en el animal; pero no le inicia en una vida nueva. Facilita el juego de las funciones naturales; pero no crea nada. Instruido por su madre, el pequeño sabe volar más pronto o hacer su nido; pero no aprende casi nada de sus padres que no hubiese podido descubrir por su experiencia personal. Es que los animales o viven fuera de todo estado social, o forman sociedades bastante sencillas que funcionan gracias a mecanismos instintivos que cada individuo lleva consigo, y constituidos desde que nació. La educación no puede, pues, añadir nada esencial a la naturaleza, ya que ésta se basta para todo, para la vida del grupo como para la del individuo. Por el contrario, en el hombre, las aptitudes de todo género que supone la vida social, son demasiado complejas para poder encarnarse, de cualquier modo, en nuestros tejidos, materializarse bajo la forma de predisposiciones orgánicas. Resulta de ello que no pueden trasmitirse de una generación a otra por vía de la herencia. Es mediante la educación cómo la trasmisión se hace.

Una ceremonia que encontramos en gran número de sociedades, pone bien de manifiesto este rasgo distintivo de la educación humana, y hasta revela que el hombre tuvo muy pronto el sentimiento de esa educación. Es la ceremonia de la iniciación. Tiene lugar una vez terminada la educación; hasta por lo común, viene a cerrar un último período en el cual los viejos completan la instrucción del joven revelándole las creencias más fundamentales y los ritos más sagrados de la tribu. Una vez efectuada la ceremonia, el sujeto que se sometió a ella, queda incorporado a la sociedad; abandona la compañía de las mujeres entre las cuales había pasado toda su infancia; tiene en adelante marcado su sitio entre los guerreros; adquiere al mismo tiempo la conciencia de su sexo, del que tiene desde entonces todos los derechos y todos los deberes. Se hizo hombre y ciudadano. Ahora bien, es creencia universalmente difundida entre todos esos pueblos, que el iniciado, por el hecho mismo de la iniciación, se ha convertido en un hombre completamente nuevo; cambia de personalidad, toma otro nombre, y ya se sabe que el nombre no es entonces considerado como simple signo verbal sino como un elemento esencial de la persona. La iniciación es considerada como un segundo nacimiento. El espíritu primitivo se representa simbólicamente esta transformación, imaginando que un principio espiritual, una especie de alma nueva ha venido a encarnarse en el individuo, Pero si separamos de esta creencia las formas míticas en que se halla envuelta, ¿no encontramos bajo el símbolo esta idea, vagamente entrevista, de que la educación ha tenido por efecto crear en el hombre un ser nuevo? Es el ser social.

Se dirá, sin embargo, si puede concebirse en efecto, que las cualidades propiamente morales, porque imponen privaciones al individuo, porque estorban sus movimientos naturales, no pueden ser suscitadas en nosotros sino mediante una acción venida de fuera, ¿no hay otras que todo hombre tiene interés en adquirir y que busca espontáneamente? Tales son las diversas cualidades de la inteligencia que le permiten acomodar mejor su conducta a la naturaleza de las cosas. Tales son también las cualidades físicas, y todo lo que contribuye al vigor y a la salud del organismo. Para éstas, por lo menos, parece que la educación, al desarrollarlas, no hace más que ir al encuentro del propio desarrollo de la naturaleza, que llevar al individuo a un estado de perfección relativa hacia la cual este tiende por sí mismo, si bien lo logra más rápidamente gracias al concurso de la sociedad. Pero lo que muestra bien, a pesar de las apariencias, que aquí, como en cualquier otro caso, la

educación responde antes que nada a necesidades externas, es decir, sociales, es que hay sociedades en las que estas cualidades no han sido cultivadas en absoluto o que han sido entendidas muy diversamente, según las sociedades. No puede decirse que las ventajas de una sólida cultura intelectual hayan sido reconocidas por todos los pueblos. La ciencia, el espíritu crítico, que colocamos hoy día tan alto, se han considerado durante mucho tiempo con gran prevención. ¿No conocemos una gran doctrina que declara felices a los pobres de espíritu? Y no hemos de creer que esa indiferencia por el saber haya sido artificialmente impuesta a los hombres violentando su naturaleza. Por sí mismos, no sentían ningún deseo de la ciencia, simplemente porque las sociedades de que formaban parte no sentían en absoluto su necesidad. Para poder vivir tenían ante todo necesidad de tradiciones fuertes y respetadas. Y la tradición no despierta, más bien tiende a excluir el pensamiento y la reflexión. No sucede otra cosa por lo que se refiere a las cualidades físicas. Que el estado del medio social incline la conciencia pública hacia el ascetismo, y la educación física será espontáneamente relegada al último plano.

Es un poco lo que ocurrió en las escuelas de la Edad Media. Del mismo modo, siguiendo las corrientes de la opinión, esa misma educación será entendida en los sentidos más diferentes. En Esparta, tenía como objeto principal endurecer los miembros contra la fatiga; en Atenas era un medio de hacer cuerpos bellos a la vista; en tiempo de la caballería, se le pedía que formase guerreros ágiles y flexibles; en nuestros días, no tiene más que un fin higiénico y se preocupa sobre todo de contrarrestar los peligrosos efectos de una cultura intelectual demasiado intensa. Así, hasta aquellas cualidades que parecen, desde luego, tan espontáneamente deseables, el individuo no las busca sino cuando la sociedad le invita a ello, y las busca de la manera que ella se lo prescribe.

Ya veis hasta qué punto la psicología, por sí sola, es un recurso insuficiente para el pedagogo. No sólo, como os indiqué antes, es la sociedad la que traza al individuo el ideal que debe realizar con la educación, sino también en la naturaleza individual, no hay tendencias determinadas, estados definidos que sean como una primera aspiración hacia aquel ideal, que puedan ser miradas como su forma interior y anticipada. Sin duda no es que no existan en nosotros aptitudes muy generales sin las cuales este ideal sería evidentemente irrealizable. Si el hombre puede aprender a sacrificarse, es porque no es incapaz para el sacrificio; si pudo someterse a la disciplina de la ciencia, es porque no era inepto para ella. Por lo mismo que formamos parte integrante del universo, nos interesamos por cosas que están fuera de nosotros mismos; hay así en nosotros una primera impersonalidad que prepara al desinterés. Igualmente, por lo mismo que pensamos, tenemos una cierta inclinación hacia el conocimiento. Pero entre estas vagas y confusas predisposiciones, mezcladas además a toda clase de predisposiciones contrarias, y la forma tan definida y tan particular que aquellas toman bajo la acción de la sociedad, hay un abismo. Es imposible, hasta para el análisis más penetrante, descubrir de antemano en esos gérmenes indistintos los que están llamados a ser desde que la colectividad les haya fecundado. Porque ésta no se limita a darles un relieve que les faltaba; les agrega algo. Les agrega su energía propia y, por lo mismo, los transforma, y saca de ellas efectos que primitivamente no contenían. Así, aun cuando la conciencia individual no tuviera ya ningún misterio para nosotros, aun cuando la psicología fuese una ciencia perfecta, no podría indicar al educador cuál es el objeto que debe perseguir. Sólo la sociología puede ya ayudarnos a comprenderlo, uniéndolo a los estados sociales de que depende y cuya expresión es, ya ayudarnos a descubrirlo, cuando la conciencia pública, indecisa e insegura, deja de saber cuál debe ser ese objeto.

### III

Pero, si la función de la sociología es preponderante en la determinación de los fines que la educación debe perseguir, ¿tiene la misma importancia por lo que toca a la elección de los medios?

Aquí es incontestable que la psicología recupera sus derechos.

Si el ideal pedagógico expresa ante todo necesidades sociales, no puede, sin embargo, realizarse sino en los individuos y por ellos. Para que sea algo más que una simple concepción del espíritu, una vana imposición de la sociedad a sus miembros, hace falta encontrar el medio de que esté conforme con él la conciencia del niño. Y la conciencia tiene sus leyes propias que hace falta conocer para poder modificarla, al menos si quiere evitarse los tanteos empíricos que la pedagogía tiene precisamente por objeto reducir al mínimo. Para poder excitar la actividad a que se desarrolle en una dirección determinada, hace falta saber además cuáles son los resortes que la mueven y cuál es su naturaleza; porque sólo con esta condición será posible aplicarle con conocimiento de causa la acción conveniente. ¿Se trata, por ejemplo, de despertar el amor de la patria, o el sentido de la humanidad?

Sabremos tanto mejor inclinar la sensibilidad moral de nuestros alumnos en un sentido o en otro, cuanto más completas y más precisas fueren las nociones que tengamos sobre el conjunto de fenómenos que se llaman *tendencias, hábitos, deseos, emociones*, etc., sobre las condiciones diversas de que dependen, sobre la forma que presentan en el niño. Según que se vea en las tendencias un producto de las experiencias agradables o desagradables que ha podido hacer la especie, o mejor, al revés, un hecho primitivo, anterior a los estados afectivos que acompañan su funcionamiento, debemos conducirnos de maneras muy diferentes para conducir su desarrollo. Ahora bien, es a la psicología y, más especialmente, a la psicología infantil a la que toca resolver estas cuestiones. Si ella, pues, no tiene competencia para fijar el fin, o mejor, los fines de la educación, no ofrece duda que tiene que representar un papel útil en la constitución de los métodos. Y como ningún método puede aplicarse de la misma manera a los diferentes niños, es también la psicología la que deberá ayudarnos a orientarnos en medio de la diversidad de las inteligencias y de los caracteres. Se sabe, desgraciadamente, que estamos lejos todavía del momento en que ella se encontrará verdaderamente en estado de satisfacer a este *desideratum*.

No se trata, por tanto, de poner en duda los servicios que pueden prestar a la pedagogía, la ciencia del individuo, y sabremos darle su lugar. Y, sin embargo, aun en este círculo de problemas en que puede la psicología esclarecer útilmente al pedagogo, no puede, ni mucho menos, pasarse sin el concurso de la sociología.

Primero, porque los fines de la educación son sociales, los medios con los cuales pueden alcanzarse estos fines deben tener necesariamente el mismo carácter. Y, en efecto, entre todas las instituciones pedagógicas, quizás no haya una sola que no sea análoga a alguna institución social, de la cual reproduce, en forma reducida y como en pequeño, los rasgos principales.

Hay una disciplina en la escuela como la hay en la ciudad. Las reglas que fijan al escolar sus deberes son compensables a las que prescriben al hombre hecho su conducta. Los castigos y las recompensas

inherentes a las primeras, no dejan de tener su parecido con los castigos y las recompensas que sancionan las segundas.

¿Enseñamos a los niños la ciencia hecha? Pero la ciencia que se hace se enseña también. No queda encerrada en el cerebro de los que la conciben, sino que sólo actúa verdaderamente bajo la condición de comunicarse a los demás hombres. Y esta comunicación, que pone en juego toda una red de mecanismos sociales, constituye una enseñanza que, por dirigirse al adulto, no difiere en sustancia de la que el alumno recibe de su maestro.

¿No se dice además que los sabios son maestros para sus contemporáneos y no se da el nombre de escuelas a los grupos que se forman al rededor de ellos?

Podrían multiplicarse los ejemplos. Es que, en efecto, como la vida escolar no es más que el germen de la vida social, como ésta no es más que el seguimiento y el desarrollo de aquélla, es imposible que los principales procedimientos con que funciona una de ellas no se encuentren en la otra. Podemos, pues, esperar que la sociología, ciencia de las instituciones sociales, nos ayude a comprender lo que son o a conjeturar lo que deben ser las instituciones pedagógicas. Cuanto mejor conozcamos la sociedad, tanto mejor podremos darnos cuenta de todo lo que pasa en este microcosmos social que es la escuela. Por el contrario, veis con qué prudencia y con qué medida, hasta cuando se trata de la determinación de los métodos, conviene utilizar los datos de la psicología. Por sí sola, ésta no podría facilitarnos los elementos necesarios a la construcción de una técnica que, por definición, tiene su prototipo, no en el individuo, sino en la colectividad.

Además, los estados sociales de que dependen los fines pedagógicos, no limitan a ello su acción. Afectan asimismo a la concepción de los métodos: porque la naturaleza del fin sobreentiende en parte la de los medios.

Que la sociedad, por ejemplo, se oriente en un sentido individualista, y todos los procedimientos de educación que puedan tener por efecto violentar al individuo, desatender su espontaneidad interna, parecerán intolerables y serán censurados. Por el contrario, si, bajo la presión de circunstancias duraderas o transitorias, ella siente la necesidad de imponer a todos un compromiso más riguroso, todo lo que pueda provocar con exceso la iniciatura de la inteligencia será excluida.

De hecho, siempre que el sistema de los métodos educativos ha sufrido una transformación profunda, ha sido bajo el influjo de alguna de estas grandes corrientes sociales cuya acción se ha hecho sentir en toda la extensión de la vida colectiva.

No fue a consecuencia de descubrimientos psicológicos como el Renacimiento opuso todo un conjunto de métodos nuevos a los que practicaba la Edad Media. Pero es que, de resultas de los cambios ocurridos en la estructura de las sociedades europeas, un nuevo concepto del hombre y de su posición en el mundo acababa en fin de abrirse camino. Del mismo modo los pedagogos que, a fines del siglo XVIII o en los corrientes del XIX, se propusieron sustituir el método intuitivo al método abstracto, eran más que nada el eco de las aspiraciones de su tiempo. Ni Basedow, ni Pestalozzi, ni Froebel eran notables psicólogos. Lo que expresa sobre todo su doctrina, es ese respeto a la libertad

interior, ese honor a toda imposición, ese amor al hombre y, por consiguiente, al niño, que están en la base de nuestro individualismo moderno.

Así, desde cualquier punto de vista que se considere la educación, ésta se nos presenta siempre con el mismo carácter. Pues se trate de los fines que persigue, o de los medios que emplea, responde siempre a necesidades sociales; lo que expresa son ideas y sentimientos colectivos. Sin duda, el individuo mismo encuentra en ella su provecho ¿No hemos reconocido precisamente que debemos a la educación lo mejor que hay en nosotros? Pero es que lo mejor que hay en nosotros es de origen social. Es, pues, siempre al estudio de la sociedad a lo que tenemos que volvernos; sólo ahí puede el pedagogo encontrar los principios de la especulación. La psicología podrá indicarle cuál es la mejor manera de conducirse para aplicar al niño aquellos principios una vez establecidos, pero no podrá hacérselos descubrir.

Añadiré, para terminar, que si ha habido un tiempo y un país donde el punto de vista sociológico se haya impuesto de un modo particularmente urgente a los pedagogos, es seguramente nuestro país y nuestro tiempo. Cuando una sociedad se encuentra en un estado de estabilidad relativa, de equilibrio temporal, como, por ejemplo, la sociedad francesa del siglo XVII; cuando, consiguientemente, se estableció un sistema de educación que, también durante algún tiempo, no fue impugnado por nadie, las únicas cuestiones urgentes que se presentan, son cuestiones de aplicación. Ninguna duda grave se levanta sobre el objeto que se persigue, ni sobre la orientación general de los métodos; no puede, pues, haber controversia más que sobre saber la mejor manera de ponerlos en práctica, y éstas son dificultades que la psicología puede resolver. No necesito decirles que esta seguridad intelectual y moral no pertenece a nuestro siglo; es a la vez su miseria y su grandeza.. Las transformaciones profundas que han sufrido o están en vías de sufrir las sociedades contemporáneas, necesitan transformaciones correspondientes en la educación nacional. Pero si comprendemos que es necesario introducir cambios, sabemos poco lo que éstos deben ser. Sean cuales fueren las convicciones particulares de los individuos o de los partidos, la opinión pública permanece indecisa y ansiosa. El problema pedagógico no se presenta, pues, para nosotros con la misma serenidad que para los hombres del siglo XVII. Ya no se trata de llevar a la práctica ideas adquiridas, sino de encontrar ideas, que nos guíen. ¿Cómo descubrirlas, si no nos remontamos hasta la fuente misma de la vida educativa, es decir, hasta la sociedad? Es, por tanto, a la sociedad a quien hay que interrogar; son sus necesidades las que hay que conocer, ya que son esas necesidades las que hay que satisfacer. Limitarnos a mirar hacia dentro de nosotros mismos, sería apartar nuestros ojos de la realidad misma que necesitamos alcanzar; sería ponernos en la imposibilidad de comprender nada del movimiento que arrastra el mundo al rededor nuestro y a nosotros mismos con él. No creo, pues, obedecer a un simple perjuicio ni ceder a un amor exagerado por la ciencia que he cultivado toda mi vida, al decir que nunca fue una cultura sociológica tan necesaria al educador. No es que la sociología pueda ponernos en la mano procedimientos ya hechos, sencillamente para que les utilicemos. ¿Existen, además, procedimientos semejantes? Pero ella puede más y puede mejor. Puede darnos aquello de que estamos más urgentemente necesitados, quiero decir, un cuerpo de ideas directoras que sean el alma de nuestra acción, que la sostengan, que den un sentido a esta acción nuestra y que nos prendan a ella; lo cual es la condición necesaria para que sea fecunda.